

Ustedes son la Luz del Mundo

Jorge Himitian

En Galilea Jesús reunió a doce hombres jóvenes, sin muchas letras, sin una formación religiosa profesional. Algunos eran pescadores, otros recaudadores de impuestos... hombres comunes todos. Los llamó aparte, y los llevó a un monte alto. Allí, sentándose, comenzó a enseñarles. Y les dijo estas palabras: “Ustedes son la luz del mundo”.

Jesús dijo esto en medio de un mundo con una gran diversidad de culturas, nacionalidades, religiones y filosofías. Si les hubiera dicho: “Ustedes son la luz de Galilea”, es decir, de toda su provincia con sus aldeas, habría parecido un poco más lógico, habría tenido más sentido, más coherencia. ¡Pero no! Les dijo: “Ustedes son la luz del mundo...ustedes... ¡si ustedes!”

Israel era una de las naciones más pequeñas, una nación insignificante, subyugada bajo la tiranía del poderoso Imperio Romano. Sin embargo, Jesús dijo a doce hombres desconocidos, sin ningún poder político: “Ustedes son la luz del mundo”.

El Espíritu Santo ha hecho resonar estas palabras en mi corazón. Pero quiero hablar de acuerdo al alcance de mi fe. En estos días muchos están siendo renovados por el Espíritu Santo, están comprendiendo el Reino de Dios, están abriéndose a la acción libre de Dios. Y con respecto a todos estos sentí que Dios me decía: “Ustedes son la luz de América Latina”.

En la medida que permitamos que el Espíritu Santo nos transforme, Dios obrará a través de nuestras vidas. No son nuestros claros conceptos los que no van a hacer la luz de América Latina, sino la obra renovadora del Espíritu Santo que continúe su proceso en nosotros hasta que seamos lo que Dios quiere. Recién entonces podremos ser luz para aquellos que nos rodean.

Creemos que esta obra refrescante del Espíritu no se limita a ningún grupo. El Señor se ha propuesto visitar a toda la iglesia; derramará su Espíritu sobre toda la humanidad. En todos los distintos grupos cristianos Dios está derramando su Espíritu Santo y levantando un pueblo para sí. Esto ocurre en todas partes, y el pueblo que se levanta en todas las naciones puede responder a este desafío porque tiene una experiencia viviente para ofrecer a un mundo que necesita, no palabras, sino cristianos que viven las palabras.

Si la iglesia permanece en sus tradiciones, en los cauces estructurados humanamente, si vive una vida de tibieza, una vida de flojedad espiritual, una vida más organizada que pujante, no tiene algo que ofrecer a América Latina.

Leamos el pasaje al cual nos estamos refiriendo en Mateo 5: 13-16:

“Vosotros sois la sal de la tierra: pero si la sal se desvaneciere, ¿con que será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en casa. Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”.

UNA PROCLAMA DE FE

Lo primero que quiero decir de esta palabra es que no es un mandamiento; es una proclama de fe. Jesús no dijo: “Ustedes tiene que ser la luz del mundo”. Les dijo: “Ustedes SON la luz del mundo”. Cristo proclama aquí una palabra de fe que llama a lo que no es como si fuera. Y al proclamar lo que no es como si fuera, lo que no es llega a ser lo que se proclama. Oigamos las palabras de Jesús hoy con la misma disposición: “Ustedes son la luz del mundo”.

Al comenzar su ministerio, los doce estaban muy lejos de tener vidas tales que Jesús pudiera describir como la luz del mundo. Sin embargo Jesús así los llama, y esta palabra provoca en ellos ese cambio que notamos luego cuando en verdad eran la luz del mundo por la obra del Espíritu Santo.

Jesús no les dijo, “Ustedes tienen la luz para el mundo”. La luz no es lo que sabemos, no es lo que hemos oído y podemos repetir. La luz del mundo no es la doctrina que hemos aprendido, o los mensajes que tenemos grabado o encarpetados. La luz del mundo es lo que somos, lo que vivimos, lo que por la gracia de Dios llegamos a ser.

Cuando oímos estas palabras, salta a la mente nuestra responsabilidad de ser luz y pensamos inmediatamente. ¡Ah, tengo que hablar de Cristo a aquellos que me rodean! Si bien es cierto que eso está involucrado en la afirmación, no es la idea básica. La luz no se oye, se ve. La luz no entra por los oídos, sino por los ojos. La luz es silenciosa, no hace ruido.

LA VIDA ES LUZ

Juan comienza su evangelio declarando: “En el principio era el Verbo (la palabra) y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin El nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres” (Juan 1: 1-4).

Aquí quiero subrayar la expresión de Juan: “la vida era la luz de los hombres”; no la palabra, sino la vida. Sigue diciendo, “La luz en las tinieblas resplandece” (v. 5). Cristo es la palabra, la palabra que se hizo carne; pero lo que alumbró a los hombres no es la palabra, sino la vida. Su manera de vivir es lo que alumbró a los hombres.

Maestro, ¿dónde moras?

Ven y ve –contestó Jesús.

Fueron y vieron. Luego Juan declara: “Vimos su gloria”. No dijo: “oímos”, sino “vimos”. Lo que esos primeros discípulos vieron les impactó de tal manera que sus corazones se abrieron para recibir luego la palabra. La vida es la luz de los hombres. La luz del mundo no son nuestras palabras, sino nuestra vida.

La luz del mundo no es la Biblia. Jesús no dijo a los discípulos, “Las Sagradas Escrituras son la luz del mundo”. Las Escrituras son la luz para el cristiano. El salmista dijo: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”. La luz del mundo es la vida de los discípulos del Señor. No es la palabra oral. El mundo está saturado de meras palabras.

“Ustedes son la luz del mundo” Lo que alumbró es nuestra conducta, nuestra manera de vivir. Ser luz no es predicar la palabra, sino vivir la palabra, para luego predicarla.

YO SOY LA LUZ

Encontramos otra declaración parecida de Jesús en la Biblia: “Yo soy la luz del mundo”. Por mucho tiempo hemos proclamado, “Cristo es la luz del mundo, Jesucristo es la única esperanza”. Pero son palabras abstractas que el mundo no entiende. Por más que las digamos, el mundo no se ilumina con esos “slogans” nuestros, aunque son verdad, porque no comunican lo que quieren decir al mundo.

Al respecto dijo Jesús: “Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo” (Juan 9: 5). Estamos en el mundo, él pudo vivir una vida concreta; en Él la palabra se hizo carne, y los hombres pudieron ver su vida. Su conducta alumbró a los que le veían. “Mientras estoy aquí –dijo Jesús- luz soy del mundo”. De modo que podemos decir que hoy Jesús no es la luz del mundo, pues ya se fue.

Veamos lo que sigue: “Entonces Jesús le dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; anda entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, porque el que anda en tinieblas, no sabe a donde va” (Juan 12: 35). En efecto Jesús está diciendo, “Ya falta poco”, pues sabe que será crucificado, va a resucitar y luego se irá al cielo. “Por un poco de tiempo, la luz está en el mundo entre vosotros”.

Todo esto nos ayuda a entender mejor nuestra responsabilidad. Debe grabarse en nosotros la conciencia de que la luz del mundo hoy somos nosotros. “Ustedes son la luz del mundo” –dice el Señor- ustedes que están; yo ya me fui. Ustedes que viven, ustedes que están en esa familia, en esa oficina, en ese trabajo, entre sus parientes, en el colegio, allí en su barrio, en la ciudad, entre sus amistades, allí donde están...ustedes son la luz del mundo”.

La única esperanza del mundo es la iglesia. Ella es la luz del mundo; la esperanza somos nosotros el pueblo de Dios, distribuidos estratégicamente en tantas ciudades y pueblos, en tantos barrios y familias, metidos en tantos lugares diversos de trabajo, colocados allí para poder iluminar al mundo, a este mundo que ve como vivimos.

Ser luz es vivir la palabra para luego comunicarla. Nuestra manera de vivir reprende, redarguye al que no vive en rectitud, en justicia. A la vez enseña rectitud, instruye en justicia, corrige al que está dispuesto a ser corregido. El impacto está en nuestra manera de vivir.

LA LUZ PONE DE MANIFIESTO LAS OBRAS DE LAS TINIEBLAS

Al que vive mal, no necesitamos ser sus acusadores. Es la luz que pone de manifiesto todo. Allí estás tú con tus compañeros de trabajo. Todos los que viven mal practican la injusticia, y se sienten redargüidos. No precisamos levantar el dedo acusador ante los que nos rodean, no necesitamos condenarlos: necesitamos vivir entre ellos, y nuestra manera de vivir redarguye, les enseña cómo tiene que ser.

Mientras compro una mercadería, el vendedor me pregunta:

- ¿Necesita la factura?
- No –le digo- Soy consumidor final; no necesito factura. Pero, por favor, hágamela de todas maneras, pues quiero hacer las cosas como corresponden.
- Pero, señor, va a pagar el 19 % más (el IGV). Si es consumidor final, no hace falta.
- Si está bien. Voy a pagar.
- Pero si usted no necesita la factura, va a pagar de gusto no más.

- Sí, es un gusto muy grande obedecer las leyes de nuestro país.

No se le dice que lo que él está haciendo está mal, pero la vida le está redarguyendo; la conducta le está reprendiendo. La luz pone de manifiesto las tinieblas e instruye el camino de justicia. “Ustedes son la luz del mundo”.

Ahí en tu trabajo tus compañeros se van tras las mujeres. Tú eres soltero, y no participas de las obras de las tinieblas. Y cuando te invitan a hacer lo mismo, tú les dices:

Espero un día casarme, y quiero entregarme casto a mi esposa, como me gustaría también encontrarla a ella.

No hace falta levantar el dedo acusador; ya están acusados. Tu conducta, tu rectitud, tu santidad, tu manera de vivir es luz para aquellos que te rodean. Los demás ven la armonía de tu familia, tu educación, la formación que das a tus hijos. Aunque no eres ejemplo de perfección, eres ejemplo de cómo solucionar los problemas. Tu vida, tu conducta, tu familia ya habla elocuentemente a tus familiares, a tus vecinos, a los que te ven y te conocen. “Ustedes son la luz de este mundo”.

El vocabulario, el hablar verdad, la actitud humilde, el comportamiento de los hijos, la vida de nuestros jóvenes, el amor entre hermanos, el servicio del uno para con el otro, la unidad que se siente: es luz, es luz para el mundo.

¿AMAN O ABORRECEN LA LUZ?

Hay dos reacciones que el mundo manifiesta ante la luz. Cuando ven una familia que vive como tiene que ser, cuando ven hijos respetuosos que honran a sus padres a pesar de su adolescencia o su juventud, se quedan encantados. Aman la luz los que tienen hambre y sed de justicia, aquello a quienes les gusta la rectitud. Al ver la luz dicen: “Así debería ser; así tendríamos que ser todos”. Estos le dan la bienvenida a la luz, se acercan a la luz, y quieren ser luz. Son los hijos de paz, son aquellos que aunque todavía no están en luz, quieren hacer bien las cosas. No han tenido oportunidad de ver las cosas como tienen que ser.

Hay otros que aborrecen la luz. Cuando ven la luz, se sienten redargüidos, reprendidos. La conducta recta de aquel cristiano le está molestando, le irrita, le pone nervioso. Por eso lo critica, y se molesta, se enfada, le quiere hacer la guerra contra la luz. Esta es la condenación, “que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Juan 3: 19). Aborrecen la luz porque revela sus obras malas, y pone de manifiesto la injusticia, la iniquidad, la maldad de su corazón.

Aquel que vive en tinieblas y practica la maldad quisiera que todos hicieran lo mismo, para que no se vea su pecado y su maldad. Aquel que miente dice: “Total, todos los comerciantes mienten”. Pero cuando hay uno que no miente, ya le molesta, ya lo trata de fanático, de ridículo. Esos son los que aborrecen la luz.

Hay algunos que empiezan aborreciendo, y luego se convierten. Uno nunca sabe. Así fue la experiencia del apóstol Pablo y de San Agustín. No podemos declarar ningún caso como perdido.

Pero, que hermoso es cuando una pareja de novios inconversos conocen un matrimonio creyente, observan sus vidas, se acercan a ellos, y dentro suyo tienen un deseo: “Cuando nosotros nos casemos, quisiéramos que nuestro matrimonio fuera como el de ellos”. La iglesia crece más por este medio que por cualquier otro, y ese es el mejor camino de la evangelización, los que han encontrado algo atractivo en sus parientes o vecinos, o padres en sus hijos, o maridos en sus esposas.

¡QUIERO SABER LO QUE LE HAN HECHO!

La evangelización no depende de un método, sino de una vida que encarna el evangelio. Un joven me dice, “Yo no sé lo que le hicieron a mi hermano, yo no creo en Dios, ni quiero saber nada, pero mi hermano tenía un carácter que era una peste, y ustedes le han cambiado la vida.....yo quiero saber lo que le han hecho. Explíquemelo, por favor”. ¡Como entra el evangelio cuando primero viene la luz de la vida!

Pero no todos aceptan. Algunos hacen la guerra. No te impacientes si eres un joven ha hace poco has conocido al Señor, y en tus familiares eres el único convertido, y antes nadie te hacía la guerra, pero ahora tus hermanos y tus padres te resisten. Conozco jóvenes que vivían de cualquier manera, vivían una vida libertina, desenfadada, y ahora que se han convertido, y sus vidas han cambiado, sus padres comienzan a criticarlos: “¿Y tú dices que eres cristiano? Mira lo que haces, mira aquí como hiciste. Mira, dejaste tu ropa tirada, mira que no sales a pasear con nosotros, mira que haces lo que quieres, y dices que tienes que obedecer a tus padres”.

Les empiezan a criticar en detalles, en cosas secundarias. ¿Por qué? Porque quieren tapar esa luz que los está alumbrando y les molesta. Ven que ahora es más amable, es más respetuoso, es servicial. Antes no le importaba nada. Ahora hay un cambio, pero buscan detalles con lupa porque les molesta la luz.

Una niña de diez años está sentada a la mesa con su familia. El padre, antes de comer, profiere algunos insultos feos, blasfemos, nerviosos, y está enojado porque la comida se había demorado un poco. La niña le dice: “Papá, ¿quieres que demos gracias a Dios por la comida?”.

El padre se enfurece, y le responde gritando: “No vas más a la casa de aquel vecino”. El vecino era cristiano, y la niña había aprendido en su casa a dar gracias a Dios por la comida. Pero el padre resiste la luz porque la luz pone en evidencia su mala conducta. Revela la impureza.

Está aquella jovencita de la escuela secundaria que las amigas la ridiculizan burlándose de ella porque no sale con muchachos a la calle, no quiere tener experiencias sexuales antes del matrimonio. La llaman anticuada, santurrón, mojigata, se ríen, se mofan de ella ¿Qué pasa? Aborrecen la luz; la luz les molesta.

LUCES EN LA MONTAÑA

Una ciudad asentada sobre un monte, dice Jesús, no se puede esconder. Se refería a las ciudades edificadas en las laderas de la montaña. Mientras el mundo está en tinieblas, la ciudad sobre el monte es claramente visible de todas partes. Uno puede apreciar esto en los lugares montañosos: se ven los millares de luces de la ciudad.

¿Cuál es esa ciudad? Es la iglesia, el pueblo de Dios, la luz del mundo. Este mundo está en oscuridad, pero Dios está levantando un pueblo para sí. Aunque el pueblo sea pequeño, de diez o veinte casa, si está sobre un monte, y todo oscuro en derredor, no se puede esconder. Si la ciudad es más grande, mas se va a ver la luz, pues la ciudad sobre un monte no se puede esconder.

Esta es la gloriosa realidad que nos toca vivir como pueblo de Dios. La luz se ve en las tinieblas, resplandece. Hagan lo que quieran, tapen nuestra boca, resistan la luz, enójense contra la luz, insulten la luz, peleen contra la luz: la luz sobre las tinieblas resplandece. ¡Aleluya! No se puede esconder, nadie puede tapar la luz; nadie puede eclipsarla; lo que es luz se ve. Tapan por aquí y resaltan por allí. Persiguen por allí, y es justo donde persiguen donde más se ve. La manera de vivir es lo que va alumbrando.

Una ciudad está formada por muchas casitas y dentro de las casitas hay luz. La luz sale por las ventanas, la luz sale al exterior, y entonces se ve todo el cuadro iluminado. El que ha volado en avión de noche sobre una ciudad conoce el cuadro hermoso que se ve. Allí abajo están todas las lucecitas. ¿Qué son? Una ciudad formada por muchas casas y cada casa iluminada.

EL CANDELERO ALUMBRA LA CASA

Es por eso que Jesús se refiere inmediatamente al otro aspecto de esta figura.

Primero habla de la ciudad, y luego dice: “No se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrará a todos los que están en casa.” (Mateo 5: 15).

La iglesia es una comunidad visible, pero la iglesia está formada por familias, por núcleos de hombres y mujeres que viven integrados en pequeños grupos en la sociedad. Analicemos como se produce la luz de la ciudad por la que hay en cada casa.

Las lámparas de aquel tiempo eran vasijas de barro con una mecha que se encendía, alimentada por aceite. Eso era la luz de la casa. Las casas comunes tenían una sola habitación. La lámpara encendida se ponía sobre un candelero en un sitio donde podía alumbrar a toda la casa. Jesús dijo: “No se enciende una luz y se pone debajo de un almud...”.

¿Qué es un almud?

Un almud era un recipiente que tenían aquellas casas, de una medida aproximadamente de cuatro litros y medio. Se usaban a veces para traer agua, o aun más para hacer la leche cuajada o yogurt.

Tenía la forma de un balde. Y Jesús dijo que no se enciende una luz para luego ponerle un balde encima. La luz se pone en el candelero, para alumbrar a todos los que están en la casa.

La luz debajo de un almud es un cristiano escondido uno que no alumbrará. Un cristiano que no muestra lo que es dejó de ser cristiano. Tiene la vasija, tiene el aceite, tiene la mecha, pero no tiene luz.

La luz es la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas, ardiendo en nuestros corazones. La luz se pone sobre el candelero ¿Y a quienes alumbrará primero? ¡A los de la casa! El primer lugar donde tiene que alumbrar la luz es en la casa; no importa si los padres son cristianos, o si los hermanos lo son. Algunos dicen: “Ya que mi familia todos son cristianos, no necesito alumbrarlos a ellos”. Pero no puedes alumbrar a los demás si primero no alumbras a los que están en tu casa.

¿Quiénes están en tu casa? Si la luz es nuestra vida, nuestra manera de vivir, ¿Dónde la ven más? ¿Quiénes son los que más de cerca nos conocen? ¿Quiénes son los que más impactados y bendecidos tienen que ser por nuestra conducta? Es inútil pensar salvar a otros sin alumbrar primero a los que están en casa.

Todo lo que hablemos sobre la familia es poco. Si lo que somos se ve en casa, pues lo que en casa, pues lo que en casa conocen de nosotros es lo que en realidad somos. ¡Cuan tremendo es este desafío! Señor hazme una luz para mi esposa. Hazme una luz para mis hijos. Que podamos oír a Jesús diciéndonos: “Tu eres la luz de tus hermanos, tu eres la luz de tus padres, la luz para tu esposo, para tu esposa”. Si son del Señor, mejor todavía. Si no son del Señor, ahí está la forma para que lo sean.

Las esposas que tienen maridos inconversos, los pueden ver transformados por su conducta, sin palabras (según 1ra de Pedro 3: 1) ¡Por la conducta de las esposas!

Nuestro hogar es donde tenemos que mostrar amor y servicio: “Querida, estás muy cargada. Te puedo lavar los platos para que te acuestes más temprano”. ¡Luz en nuestras casa! El primer lugar donde tenemos que alumbrar es en nuestra casa.

Otra área de responsabilidad es donde transcurre la mayor parte del tiempo fuera de casa, ¿Dónde está? Tu trabajo, tu colegio, tu oficina. Es allí donde más te conocen. No palabras en primer lugar, sino vida. Primero el hecho, primero la luz, y luego las palabras. No olvidemos que la luz de los hombres no son las palabras, sino la vida.

También están los otros contactos sociales: tus parientes, tus vecinos, los que están a tu lado, atrás, adelante, enfrente, en el barrio. Así la luz va irradiándose desde donde estás, donde te conocen, donde pasas la mayor parte del tiempo, y extendiéndose hacia los demás.

ESE ES MI PUEBLO

Cristo dijo: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5: 16).

Las buenas obras no se limitan a obras de caridad. Buenas obras significa hacer bien todo lo que hacemos, todo lo que obramos, obrarlo bien.

Dios quiere así decirle al mundo: “¿Ven esa comunidad? Ese es mi pueblo. Ustedes deben vivir como vive mi pueblo en todas las cosas”. Dios quiere predicar al mundo a través de un pueblo que ha encarnado su palabra.

El mensaje más grande de Dios al mundo fue la vida de su Hijo, y luego las palabras. Jesús vivió, mostró con su vida, con su conducta, y por eso impactó a los discípulos. Jesús comenzó a ser, a vivir, a mostrar, luego a enseñar. Y el más grande mensaje que Dios tiene para el mundo hoy en día es este: Dios quiere decir a todas las naciones; “¡Vean mi iglesia! Así como viven ellos, quiero que viva todo el mundo. Vean las familias, vean los trabajadores, los jóvenes. Este pueblo es mi pueblo: comunidad modelo para el mundo”.

Dios quiere decir al mundo: “Sus problemas son por el egoísmo que reina en sus corazones ¿Ven allí? Es mi pueblo, hay amor. Cada uno ama a su prójimo y lo sirve. Allí se dice la verdad, aunque tengan que perder. Allí saben para qué viven, para qué han nacido. Allí los maridos, son esposos responsables, tiernos, padres y amigos de sus hijos. Allí las esposas respetan a sus esposos. ¿Ven como vive mi pueblo? Vivan así”

Esto es lo que Dios quiere mostrar y decir al mundo. Allí hay justicia, allí hay rectitud, laboriosidad, diligencia, cumplimiento. “¿Ven? En mi pueblo hay decencia moral y armonía familiar. Allí se respetan las autoridades; hay pureza de labios, hay servicio, hay paz, hay fe. Allí hay solución para los problemas”.

¡Oh, iglesia! Vive la vida de Dios, alumbrar con tu luz al mundo, no por tus bonitos mensajes, sino por tu conducta, por tu vida, tus obras, tus acciones.

Eres luz del mundo. Llamamos lo que no es como si fuera. Porque creemos que el Señor que ha comenzado la buena obra la va a perfeccionar. De su trono ha salido la palabra. El será glorificado en las naciones. Va a poder decir al mundo: “Aquí está mi pueblo, está mi gloria; este es el lugar donde yo habito”.

A través de la iglesia Dios quiere mostrarle al mundo su mensaje, su palabra, su verdad. Iglesia de Cristo, reanima tu amor, reanima tu fe, sacude el sopor; cree en la palabra de Cristo. Nosotros somos la luz del mundo. Ocupemos nuestro lugar.